

EL APOORTE INGLÉS A LA CULTURA ARGENTINA*

*Andrew Graham-Yooll***

Resumen: Se presenta una breve visión general de la presencia inglesa en la cultura argentina desde los comienzos de la organización nacional hasta hoy, a partir de las contribuciones hechas por la prensa, los institutos de promoción cultural, la educación en idioma inglés, los deportes y la literatura de los escritores británicos y argentinos que fueron parte de un género literario anglo-argentino, la “*Southamericana*”, desarrollado como producto de la mezcla de idiomas y culturas.

Abstract: A brief overview of the contribution made to Argentina’s culture by the English-language press, the institutes for the promotion of the English culture and bilingual schools, with a glance at sports and at the writers, both British and native-born Argentines, who became part of an Anglo-Argentine “*Southamericana*” genre of writing, developed from the mixture of languages and cultures.

Cuando Derek Drabble, viajero inglés de familia con antiguo arraigo en la Argentina, llegó a Buenos Aires hace casi ochenta años, resumió su visión de la mezcla cultural que ahora en el Bicentenario nos ocupa, nos maravilla y nos sorprende:

* Este trabajo fue realizado gracias al apoyo y por encargo de la Asociación Argentina de Cultura Inglesa (AACI). Mención especial merecen las lectoras y editoras, Mónica Ottino y Alejandra Salinas.

** Periodista y escritor. Ex Director del diario *Buenos Aires Herald*. Premio ADEPA (2000). Faja de Honor de la SADE (1999). Diploma al mérito Konex en Periodismo (1997). Página web: www.andrewgraham-yooll.com.ar

Buenos Aires me parece la más incomprensible de todas las ciudades. De personalidad impresionante, tiene una cualidad desconcertante que no es de Sudamérica... A un porteño, ciudadano de Buenos Aires, lo avergonzaría admitir ignorancia sobre cualquier detalle de la historia argentina, sin embargo eso no le impide derribar y destruir lo antiguo y lo histórico... De la población argentina de once millones, más de dos millones y medio viven en Buenos Aires. Un chino, un lapón, al nacer en Buenos Aires se convierten automáticamente en argentinos... Los vascos y los napolitanos y los polacos... forman una aglomeración inconclusa y los diarios que se venden en el Paseo Colón dan la clave de la creación de un pueblo (el canillita tiene el *Correo de Galicia* y la *Italia del Poppolo* y el *Austria Presse* y el *Jugo-Slavija* y el *Magyarsag*, el *Kurjer Polsik* y el *Slovenski Tednik*, diarios ucranianos, checoslovacos y serbios, japoneses, judíos y árabes), y los sitios donde los inmigrantes solían reunirse y aún vienen son las vinerías del Paseo Colón, las recovas de Leandro Alem con su olor a ajo y guirnaldas de salchichas y entrañas a la parrilla, y cervecerías donde es popular el Frankfurter, y los cines obscenos al estilo galo que se especializan en una pornografía bastante suave, y hoteles de dudosa reputación con avisos de horarios de embarque (Drabble, 1934: 32).

La crónica de Drabble impresiona por la descripción de la variedad de periódicos, y dispara el interrogante acerca de los ingredientes que más contribuyen al crecimiento de ese despliegue de orígenes culturales que hoy nos tiene en un estado de admiración de nosotros mismos. La construcción de una variedad de orígenes, fundida en una que es todas, ¿pasa necesariamente por la educación o surge de otros puntos, como el que construye el periodismo?

Si tomamos como punto de comienzo de los cambios culturales en la era moderna la expansión europea a partir de los siglos XVI y XVII, se puede generalizar la tendencia de que el comercio se instaló primero en las regiones de ultramar, en forma de búsqueda, exploración y aventura. Los ejércitos o armadas siguieron a los comerciantes para respaldar lo hallado por los aventureros de la conquista, y por último se trasladó la

“cultura” de la mano de algunos dedicados individuos que se ocuparon de la educación, como misión o como medio de vida, o ambos. Esa secuencia ocurrió en casi todas las regiones del mundo. El comercio y las expediciones armadas llevaron ciertas formas de cultura, limitadas, pero salvo comportamientos temporarios no imprimieron una “marca” de algo diferente. Esa marca la instaló la cultura llevada desde la metrópolis en forma de religión, lenguaje y conceptos sociales, mezclada luego con los elementos nativos.

Es interesante desarrollar este camino de observación. El comercio por lo general llevó educadores, muchas veces en la persona de religiosos, e inmigrantes de diversa talla quienes instalaron sus escuelas y editaron sus publicaciones. Las ediciones que produjeron las imprentas comerciales fueron en su mayoría de información general, para uso del comerciante y como medio de mantener unida una comunidad de orígenes parecidos. El periódico no se ofreció como un vocero político: el inmigrante no llegaba a las nuevas tierras para hacer política (salvo en núcleos muy pequeños de refugiados o grupos anarquistas) sino que venía a hacer fortuna (rasgo que puede hallarse en la inmigración en la Argentina a lo largo de casi dos siglos). De ahí se desprende que el periódico del inmigrante, escrito en idioma extranjero, fue parte componente de un esfuerzo de educación, además de información y de mezcla cultural. Pero la promoción de ésta última no estuvo en esa vanguardia, sino que fue un subproducto hoy celebrado como la herencia principal, no intencional, resultado de las migraciones.

Pocas veces es posible identificar un punto de comienzo de la dispersión y multiplicación de las culturas en un lugar y es por eso que la tendencia es atribuir los procesos a la inmigración en general. Permítanme aquí remitirnos a una anécdota relacionada con la llegada abrupta de un grupo suficientemente numeroso como para influir con su presencia en la colonia española. Se trató de los embarcados en el *Lady Shore*, barco contratado en 1797 por el gobierno británico para el transporte de población carcelaria a la colonia de Australia (Graham-Yooll, 2000:31-63). El *Lady Shore* había zarpado del sur de Inglaterra en agosto cargando setenta y cinco mujeres y cuarenta y cinco hombres para su internación en los establecimientos penales

(bajo penas de siete y catorce años por crímenes menores, como el robo de un par de botas o de un rollo de género). La tripulación francesa se amotinó frente a Brasil donde bajaron al capitán y siguieron viaje a Montevideo.¹ Ahí se rindieron y fueron internados. Las mujeres de abordaje (no eran prostitutas, dado que la prostitución no era delito con pena de exilio) rápidamente hallaron empleo con familias rioplatenses o fundaron familias. Una de ellas, identificada como Clara o Clark, en 1811 atendía con su marido a los socios del club de comerciantes ingleses de Buenos Aires en su casa (en lo que es hoy la calle 25 de Mayo).

El periodismo, los institutos y la difusión de la cultura inglesa

Las ideas que instalaron las primeras imprentas y cronistas fueron producto del liberalismo europeo pero, nuevamente, sus representantes hicieron hincapié en el provecho comercial más allá de la política, cuyas complicaciones hicieron lo posible por evitar. La cautelosa introducción del pensamiento político anglosajón se vio reflejada en tiempos tempranos en hechos como los regalos de comerciantes británicos a la nueva biblioteca de Buenos Aires y donaciones para la creación de una escuela en los días inmediatos posteriores al pronunciamiento de mayo, según relata *La Gaceta* de Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1810 y el 14 de agosto de 1812. Luego crecería la poderosa figura liberal del inglés Jeremy Bentham (1748-1832) en toda la expansión británica del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve, y su influencia en la persona de Bernardino Rivadavia (1780-1845). Es interesante notar que la primera literatura del Río de la Plata era la de los viajeros o comerciantes ingleses, y la iconografía que hoy tenemos de los primeros años de nuestro país es producto de las acuarelas de holandeses, portugueses, ingleses y franceses (Del Carril y Aguirre Saravia, 1982).

La época inmediatamente posterior a la declaración de la independencia en Tucumán es cuando más se ve la presencia y actividad de núcleos de habla inglesa y ahí está el ímpetu comercial desde los comienzos de la prensa en idioma inglés (Blondel, 1968).

La presencia de la prensa escrita en inglés tiene más de dos siglos en el Río de la Plata. La primera hoja *La Estrella del Sur* (*The Southern Star*), en Montevideo, fue producida por oficiales de la segunda Invasión Británica, en 1807, bajo la suposición que permanecerían en estas latitudes durante un tiempo prolongado. La derrota por las tropas porteñas puso fin a esa aventura editorial (Marshall, 1996).

Es razonable argumentar hoy que entre las cuatro publicaciones más conocidas en el país sigue estando el *Buenos Aires Herald*, que se inició como el semanario *The Herald*, de una hoja, en septiembre de 1876. Ciento treinta y cuatro años después, sigue presente en los kioscos de Buenos Aires. El *Buenos Aires Herald* es el cuarto diario más antiguo de la Argentina, siguiendo a *La Capital*, de Rosario, *La Prensa* y *La Nación*, de Buenos Aires. Otros títulos históricos en inglés son *The Southern Cross* (*La Cruz del Sur*, fundado en 1875), de la colectividad irlandesa, y *The Standard*, fundado en 1861 (cerró en 1959) por Edward Thomas Mulhall, nacido en Dublín. También el quincenario *Financial Review of the River Plate* - iniciado como semanario, relanzado en diciembre de 1891, con una última edición en junio de 1995-, fue conocido y es recordado como una de las publicaciones más serias y de mayor autoridad en temas económicos en la región.

El segundo periódico en aparecer después de *The Southern Star* es, quizá, uno de los referentes más famosos para la historia del siglo XIX en Buenos Aires: *The British Packet and Argentine News* (*El paquete británico y noticias argentinas*), presentado el viernes 4 de agosto de 1826, a poco del reconocimiento diplomático de las Provincias Unidas por el gobierno de Londres. El fundador fue un comerciante, Thomas George Love, que presidió la Cámara de Comercio de la colectividad de habla inglesa, y fue luego un activo simpatizante del gobierno de don Juan Manuel de Rosas. El *Packet* se publicó hasta 1859 (Graham-Yooll, 2000).

Al *British Packet* le siguieron decenas de títulos a lo largo del siglo diecinueve; aquí se mencionan unos pocos. El primero que se registra es *The Cosmopolitan*, aparecido durante el gobierno de Rosas en 1831 y cerrado en 1833. El antes mencionado *The Herald* tuvo un antecesor, *The Buenos Ayres Herald*, fundado por un párroco estadounidense, Dallas D. Lore,

tuvo una breve existencia entre 1852 y 1853. Luego vino el antes mencionado semanario *The Standard and River Plate News*, en 1861, que rápidamente se instalaría como diario. Sus diversos suplementos y un manual estadístico (que el Presidente Domingo Faustino Sarmiento distribuyó por el mundo) hicieron a Mulhall una autoridad sobre los temas de la región. Una muestra de los muchos periódicos de existencia fugaz fue *The River Plate Magazine*, mensual lanzado en marzo de 1864 por J. R. Williams y Porter C. Bliss, y cerrado al año siguiente. Durante su existencia se dedicó a publicar biografías de británicos e irlandeses famosos en la región. La llegada de *The Herald*, fundado por el escocés William T. Cathcart en septiembre de 1876, significó una seria competencia para el *Standard*. Cathcart lo vendió a los cuatro meses a Warren Lowe (1839-1916), nacido en Nueva York, quien al poco tiempo lo relanzó como diario. Estos periódicos fueron los puntos fuertes del idioma inglés y de la colectividad angloparlante. Pero como se apreciará, hubo muchos otros títulos de vida breve o de circulación limitada.

En el panorama de la mezcla cultural en la Argentina sorprende también el gran número de publicaciones de la inmigración francesa. Una importante investigación sobre el tema se encuentra en Viviane Inés Oteiza, cuya tesis doctoral abarcó la vida, las costumbres y las publicaciones de la colectividad francesa. Es de notar que en sus inicios ésta surge con una clara identificación política (Oteiza, 1999 y 2001). Escribe Oteiza que,

... poco después de la declaración de la independencia surgieron una serie de periódicos franceses en la Argentina, pero todos de corta duración. En marzo de 1818, se fundó el primer diario francés en Buenos Aires, *L'Indépendant du Sud*, su director fue Charles Robert de Connaut, quien junto a los otros redactores debió partir de Francia tras la caída de Napoleón. Se trató de un diario político, literario y mercantil, redactado en francés y en español que sólo duró algunas semanas. Sus fundadores fueron acusados de conspiración contra el gobierno argentino.... En 1821 apareció *L'Occident*, diario que no era sospechado por el gobierno ... El parisino Jean Lasserre sacó una serie de periódicos. El primero en 1826, *L'Echo Français*, salió sólo los domingos. Luego publicó en 1827 el periódico *L'Abeille*, de tipo

político, literario, comercial y de noticias, salió los miércoles y sábados; siempre fiel a su estilo publicó sólo 26 números. En 1828 surgió *Le Censeur*, de carácter político y literario, de oposición satírica... (Oteiza,1999: 9-10)

Según Oteiza, hubo una sucesión de numerosas iniciativas tendientes a establecer periódicos escritos en idioma francés en Buenos Aires, lo que muestra la pujanza de una colectividad extranjera influyente, inserta dentro de la inestabilidad política rioplatense del período inicial, y las dificultades posteriores atribuibles a las características del régimen rosista en relación a la prensa en general. Continúa escribiendo:

Entre las publicaciones francesas, de comienzos del siglo XX surgieron: *Le Français* (1902), *Le Courrier Français* (1913), *La Razón Francesa* (1915), *Le Journal Français* (1917), *La France Nouvelle* (1942), *L'Alouette* (1942), *Echo de France* (1946). Sin embargo, como los otros diarios en lengua francesa aparecidos en Buenos Aires después de 1818 duraron poco tiempo. *Le Courrier de La Plata* (fundado en 1865 y que duró 81 años) fue el periódico francés de aparición diaria más importante de la Argentina, en razón del tiempo de duración y de su estilo novedoso. (Oteiza, 1999: 15-16)

En 1982, en pleno conflicto sobre Malvinas, hubo un intento de reanudar la edición de ese diario, pero no pasó de ser un proyecto.

De los países americanos, la Argentina fue el país no sólo con mayor cantidad de franceses emigrados de su tierra natal, sino también el que tuvo más publicaciones en francés, ya que desde 1818 hasta 1947 aparecieron: 48 diarios franceses, unos 10 cotidianos, y 28 revistas francesas...

A pesar del auge de la prensa francesa en el Río de la Plata y de su importancia, Buenos Aires ha visto desaparecer tras la Segunda Guerra Mundial los dos únicos diarios franceses que existían, entre ellos *Le Courrier de la Plata* en 1946. Luego han habido otras publicaciones como por ejemplo *Le Quotidien*, además de periódicos de tipo localista como en Pigiúé (Oteiza, 1999: 24-25).

Ante esta manifestación periodística e intelectual tan fuerte de las colectividades de habla inglesa y francesa, sorprende a veces la falta de la presencia de la comunidad alemana que, como ha demostrado el académico Ronald Newton, alcanzó enorme influencia local en la primera mitad del siglo veinte (Newton, 1977). La prensa en idioma alemán en la Argentina gira en torno a unos pocos títulos de considerable peso. Hermann Tjarks fundó el *Deutsche La Plata Zeitung* (ca.1870), y desde ahí predicó una línea de defensa de los derechos ciudadanos de la colectividad, posición política que durante la segunda guerra mundial se convertiría en simpatía por el nazismo. Haciendo frente a esta posición estaba el semanario *Argentinisches Tageblatt*, fundado en Santa Fe en 1874 (contemporáneo con el semanario *Argentinisches Wochenblatt*) por Johann Alemann quien luego se trasladó a Buenos Aires y produjo el título como diario a partir de 1889. El *Tageblatt*, liberal a ultranza, se convirtió en punto de encuentro de la colectividad alemana refugiada del III Reich (que en 1936 prohibió la circulación del diario) a la que se adhirió la numerosa comunidad de judíos germano parlantes. En 1981 sus editores volvieron a editarlo semanalmente, los sábados. Tardíamente entró al ruedo el *Freie Presse*, fundado el primero de diciembre de 1945, con una clara tendencia filo nazi. Su edición llegó hasta mediados de los años 1970 (Friedmann, 2010). El *Freie Presse* en realidad era la continuación de una gran variedad de títulos de breve existencia que puede decirse que compitieron en el uso del más feroz lenguaje a favor y en contra del nazismo.

El impacto cultural de la colectividad de habla alemana fue impresionante, tanto en lo referente a sus instituciones, como en sus divisiones políticas, personalidades, profesionales (como médicos y técnicos) y sus figuras de las artes liberales, como lo fueron los escritores A .E. Gross, panfletero de origen político, inicialmente populista y nacional socialista y luego hitlerista, y el más conocido Max René Hesse (Newton, 1977 y 1992: 34-35). Hesse, republicano de origen y a la vez médico en el Hospital Alemán y figura social importante, alcanzó cierta fama con dos novelas satíricas (publicadas en Berlín en 1933), donde el personaje principal, Jakob Morath, médico, circulaba en la alta sociedad germano parlante de

Buenos Aires, ironizando a sus dirigentes y denunciando su corrupción. Hesse regresó a Alemania antes de la Segunda Guerra y luego emigró a España, donde fue brevemente festejado por la prensa franquista. De ahí regresó a Buenos Aires, donde falleció.

En gran medida la política y la guerra opacaron la enorme labor educativa, social y de investigación que se generó en la colectividad alemana. Figuras como las de Carlos Germán Conrado Burmeister (1807-1892), activo en Buenos Aires y en el interior a partir de su llegada en 1861, entre otros, hoy merecen mayor difusión por lo que hicieron e inspiraron. Afortunadamente, el Goethe Institut (fundado en Alemania Federal en 1951 y en Buenos Aires en 1967) ha desarrollado una admirable labor de difusión y educación.

El párrafo precedente lleva al interrogante con el que comenzaron estas reflexiones: ¿el desarrollo de la mezcla cultural en la Argentina partió únicamente de la educación, o de una variada participación inmigrante en el periodismo (que presupone de inmediato cierto nivel de educación preexistente) y en la creación de institutos educacionales?

Aparte del mencionado Instituto Goethe, Buenos Aires es domicilio de la Alianza Francesa, que se inicia en París en 1883 y en Buenos Aires en 1893; de la Asociación Dante Alighieri para la promoción del idioma y la cultura de Italia, fundada en Roma en 1889 y en Buenos Aires en 1896; del Instituto Cultural Argentino Norteamericano (ICANA), diferente en cierta medida a sus pares dado que proclama su fundación en 1927 por argentinos y no por autoridades establecidas en metrópolis lejanas (si bien luego incorporaría la Biblioteca Lincoln y se convertiría en canal de tramitación de visados para viajeros).

Por su parte, la Asociación Argentina de Cultura Inglesa (AACI) fue fundada en noviembre de 1927 por un grupo de personas lideradas por el entonces embajador británico en Buenos Aires, Sir Malcolm Robertson, quien condicionó su apoyo a no formar parte de la Comisión Fundadora, presidida por el Dr. Manuel Augusto Montes de Oca y una mayoría de argentinos notables. La AACI fue fundamental en la promoción del estudio del idioma y la cultura inglesas: dada la amplitud de sus actividades, se convirtió en la institución matriz del angloparlante y del estudiante de inglés (Ottino, 2003).

Cada una de estas instituciones ha llevado adelante una activa promoción de la comunidad bilingüe que, proyectada, tiene como resultado una presencia multicultural que enfatiza estas características propias de la condición argentina. Y cada una de estas instituciones binacionales es referente de una amplia red educativa que se remonta a los orígenes de la Argentina como nación.

La red educativa

Los colegios más arraigados que impulsan la condición bilingüe hoy en la Argentina son de origen británico. Hoy hay varios de estos colegios que rondan la centuria de vida. El centenario más reciente fue el del *St. Alban's*, de Lomas de Zamora, fundado en 1907, al que se agrega ahora el mojón de los 110 años del *Barker's College*, también en Lomas de Zamora, originalmente un colegio de señoritas y luego “mixto” (Raffo, 2009).

El interés por la educación liberal e inglesa en Buenos Aires data de la época inmediatamente posterior a mayo de 1810, cuando varios británicos hicieron diversas donaciones a una biblioteca y apoyaron la construcción de una escuela en Buenos Aires. Después de esa fecha, una de las figuras de la enseñanza en inglés fueron los maestros “particulares”, solitarios expatriados que viajaban de ciudad en ciudad empleándose como tutores, residiendo por un tiempo en las casas que los recibían.

Quizás sea posible fijar en 1826 un comienzo formal de la educación en inglés en Buenos Aires. Un anuncio en el *British Packet and Argentine News* del 30 de septiembre de ese año informaba que el presidente de un comité de catorce residentes británicos, el reverendo John Armstrong de la iglesia de San Juan (situada en la calle 25 de Mayo), había iniciado una investigación del estado de la educación en la colectividad (Graham-Yooll, 2000: 130-143). En ese mismo año, Henry Thomas Bradish abrió una escuela para varones, la Academia Comercial Extranjera, que tuvo como alumnos, entre otros, a los hijos del almirante Guillermo Brown. A partir de ahí creció el número de instituciones educativas bilingües o británicas. El pastor

escocés, Dr. William Brown, junto a Gilbert Ramsay como asistente, impartía conocimientos en la colonia escocesa de Monte Grande (que, atrapada entre los fuegos cruzados de Lavalle y Rosas, quedó casi disuelta en 1829). La proyección de una variedad de iniciativas en esa colonia escocesa llevó, en forma casi inevitable, a la instalación de la escuela bilingüe de más arraigo en la Argentina, el *St. Andrew's Scots School*, que se inició en 1838 (Drysdale, 1938; Berk, 1988).

Siguieron el colegio *St. George's* en Quilmes, fundado por el canónigo J. T. Stevenson inaugurado para varones (Stevenson, 1936); el *Quilmes High School* para niñas, inaugurado en marzo de 1907; el *Belgrano Day School*, mixto, iniciado con dos alumnos en febrero de 1912; *St. Hilda's*, para niñas, también inaugurado en 1912 y hoy situado en Hurlingham; *Northland's School*, fundado por Winifred Brightman en 1920; *St. John's School*; *Michael Ham Memorial College*, *Leach Institute*; *St. Catherine's School*, *St. Brendan's School*; *St. Patrick's School*, y muchos otros.

Las grandes personalidades de la educación en inglés en la Argentina, aparte de los mencionados clérigos William Brown y Stevenson, se pueden resumir en las figuras de las siguientes personalidades: el padre Anthony Dominic Fahy (1805-1871), virtual jefe de la colectividad irlandesa a partir del inicio de su residencia en Buenos Aires en 1844 (Murray, 1919); William Case Morris (1864-1932), más filántropo y educador entre los pobres que factor en la comunidad británica, y Winifred May Brightman (1885-1977), quien llegó a Buenos Aires en 1914 y fue cofundadora del colegio *Northlands*, que dirigió hasta 1961.

Digamos que hoy el aglutinador de estos centros, por acción o simple presencia, es la ya mencionada Asociación Argentina de Cultura Inglesa, más recientemente aumentada en sus servicios por el *British Arts Centre* (BAC), situado en el centro de Buenos Aires (Ottino, 2008). Al atravesar el patio que precede al edificio de la Asociación Argentina de Cultura Inglesa, a la izquierda del transeúnte se accede al BAC, que alberga en la planta baja y sus dos subsuelos exposiciones de obras de arte, y que actúa como sede de *Gallery Nights*, una muestra de arte. El BAC fue recientemente renovado gracias a la empresa British Petroleum; en la Sala Victoria

Ocampo, que cuenta hoy con 182 butacas, se proyectan ciclos de cine y video británicos y se representan obras teatrales en inglés y español. Como AACI, de la que depende, tiene a Ofelia Veltri como directora.

Los deportes

Bueno sería poder decir que el deporte llegó a la Argentina a partir de la educación, pero es de lamentar que no fue así; el cricket llegó con las invasiones británicas de 1806. Por otro lado, es sabido que el primer equipo de fútbol (football, *soccer* o balón pie, o como se lo llame) de fama duradera surgió del colegio *Buenos Aires English High School* (fundado en 1884), bajo la dirección de Alexander Watson-Hutton (1853-1936) escocés de nacimiento y fallecido porteño tan sólo días antes de su co-nacional, el narrador y aventurero don Roberto Cunninghame Graham.

En 1893 Watson-Hutton fue el fundador y primer presidente de la *Argentine Association Football League* (antecesora histórica de la Asociación del Fútbol Argentino), y organizador ese año del primer campeonato de la liga argentina, el más antiguo del mundo luego del inglés. Watson-Hutton fue también fundador del *English High School* y del club vinculado, *Alumni*, el más ganador del amateurismo (Raffo, 2004).

En su interesante estudio de la influencia británica en el deporte argentino, Victor Raffo cita al sociólogo australiano John P. Bailey y escribe:

Pocos y aislados (los residentes ingleses) no sorprendió que a mediados de la década de 1860 comenzaran a organizar lo que Bailey denominó ‘asociaciones étnicas’. Según este autor, debido a que ‘no vinieron como residentes permanentes sino temporarios, recrearon en el exilio asociaciones étnicas que tipificaran la cultura de su país de origen y les sirvieran durante su estadía en el exterior’. Cabría agregar que lo interesante de estas instalaciones temporarias quedaron instaladas y en varios casos ya superan las tres generaciones (Raffo, 2004:21).

La historia del deporte argentino pasa sin duda por la historia imperial británica; es una historia de celebración, de emprendimientos sociales y de reflejos políticos que no hemos terminado de analizar. El deporte fue británico, lo exportaron con la misma vehemencia que Castilla exportó su religión, si después los ingleses perdieron con frecuencia los torneos que ellos iniciaron, eso fue una contingencia política. Los ingleses desearon ganar en otros rubros, y así se desarrolló el imperio victoriano.

La literatura

Muchas veces parece que la diversidad cultural de la inmigración y sus idiomas de origen no ha aportado por sí sola la influencia contundente que el poder de la lengua importada podría contribuir. Es cierto que los elementos más modernos, el cine, el Internet, el mundo del comercio han impuesto al idioma inglés como dominante. Sin embargo, a pesar de la enorme influencia que ha tenido el inglés en la Argentina, no se puede decir que generó un espacio propio, una jerga de fabricación casera, aun cuando el *Spanglish* puede ser usado y citado como ejemplo. Pero el inglés en la Argentina no se ha asimilado ni puede esperarse que eso suceda en un país de habla hispana como, por ejemplo, sucedió en Australia donde el terruño y las condiciones humanas instalaron nuevas formas del lenguaje.

Esto lleva a preguntarnos si existe una literatura anglo argentina. Dado que hubo muchos y buenos escritores de la Argentina que utilizaron el inglés (pienso de inmediato en Jorge Luis Borges), los angloparlantes instalados en el país o los anglo-argentinos que pasaban de un idioma a otro, puede llegarse a aseverar que hay un género anglo-argentino. Este último comentario surge de una ocurrencia del novelista norteamericano Richard Ford (1944) quien escribió en *The Ultimate Good Luck* (1981) que la buena suerte más completa es sentirse arraigado. Pero dicho eso, ¿puede esperarse del practicante bilingüe un arraigo que llegue a ser motor de la identidad? La afirmación de doble nacionalidad es declaración de desubicación, de no pertenencia (Graham-Yooll, 2000: 238-250). De los escritores se espera por lo

general la creación de una sensación de pertenencia, de raíz, al fusionar personas y paisajes. En un país de inmigrantes hay un sentido de lugar, pero hay millones de identidades a las que les falta definición. En el caso de la escritura argentina en inglés o viceversa, la pertenencia muchas veces parece vacilante. A pesar de esto puede hablarse de una literatura anglo-argentina, si bien no muy extendida ni muy conocida.

Hay un frondoso catálogo de escritos de “viajeros” ingleses del siglo diecinueve y comienzos del veinte, y para resumir este subgénero de “anglo argentinos” digamos que los más leídos y citados, en forma casi inevitable comienzan por William Henry (Guillermo Enrique) Hudson (1841-1922), quien ilustra bien el estado bilingüe dado que está instalado en la literatura de Inglaterra y de la Argentina con títulos como *Idle Days in Patagonia* (1893) y *Allá lejos y hace tiempo* (1918). Y le sigue a Hudson el algo marginado pero magnífico Robert Cunninghame Graham, “don Roberto”, creador de personajes tan criollos y naturales como los “ingleses” *Facón grande* y *Facón chico*, inspirados por Henry Edwards y John Taylor, personajes importantes del enclave de fines de los años 1870, la Colonia Inglesa de Sauce Grande, cerca de Bahía Blanca (Monacci, 1979).

En una época que data de hace tan sólo unas pocas décadas, estos escritores engrosaron la lista de los “viajeros”. El tema se usó hasta la saturación para explicar la influencia neocolonial europea en el río de la Plata.

A propósito de Cunninghame Graham, la prensa comentaba a fin del siglo XIX que ya en vida el conocido Don Roberto estaba pasado de moda: “La vida sobre la cual escribía está ya casi muerta” (*Review of the River Plate*, 9 de diciembre de 1899). Según el *Review*, Don Roberto había sido reemplazado en preferencia por las crónicas de William Bulfin (que firmaba sus textos como Che Buono), un irlandés cuyas descripciones de la vida social en Buenos Aires y el interior gustaban mucho más en Inglaterra (Wilkinson, 1997).

Durante el siglo veinte, los escritores que dejaron crónicas de viaje son los menos conocidos y registrados, por la inevitable presencia de una literatura anterior que estableció una “literatura” y una iconografía (ej. Emeric Essex Vidal), única en la construcción de un referente documental de la nación,

ya que se remonta a los años inmediatamente posteriores a la Independencia, a lo largo del siglo XIX.

Los “viajeros” incluyen autores como el abogado inglés Philip Guedalla (1889-1944) y su crónica, *Argentine Tango* (1932), una descripción de Buenos Aires poco feliz desde su llegada al puerto de la ciudad. Vale el esfuerzo recuperar estos escritos para reconstruir la historia de la ciudad. También está permanente en la vida silvestre de Sud América el viajero y coleccionista Gerald Durrell (1925-1995) y las muy urbanas crónicas del humorista húngaro-británico George Mikes (1912-1987) con su *Tango A Solo Across South America* (1963). Hay que incluir al poeta “laureado” de Inglaterra, John Masfield (1878-1967), hombre de mar en sus orígenes y poeta siempre, quien murió sin revelar jamás cómo había escrito el poema *Rosas* (1913) y *Los campos de narcisos* (*The Daffodil Fields*) (1912), este último inspirado en un cuento islandés, pero emplazado en la Argentina.

De aquí pasamos a una posible selección de autores anglo-argentinos que contiene algunos nombres poco conocidos, pero que, se espera algún día se instalen como curiosidad producto de su tiempo. La breve lista comienza con Esteban Lucas Bridges, y su padre Thomas, incluye al desconocido David Wilson, le sigue Bernard *Barney* Dickinson, celebra a Walter Hubbard Owen, y rinde un pequeño homenaje a Nora Mackinnon y a William Shand, este último por el volumen de su obra, y reclama atención para el olvidado Gordon Meyer.

Esteban Lucas Bridges (1874-1949), de Tierra del Fuego, fue el tercer hijo del reverendo Thomas Bridges, miembro y representante de la *South American Missionary Society*. Su apellido supuestamente venía del lugar donde fuera hallado el futuro religioso, en 1845 un niño de tres años de edad abandonado en un puente de Bristol. Thomas Bridges llegó a ser conservacionista de la vida silvestre y científico autodidacta en Tierra del Fuego, así como protector de los nativos que los colonos ingleses cazaban por deporte hasta casi aniquilarlos. Bridges “compiló” el diccionario Yamaná-Inglés de la lengua Yhagan, que se publicó por primera vez a principios del siglo veinte. Sus descendientes reimprimieron el diccionario en 1988 para celebrar el centenario de la estancia *Harberton* en Tierra del Fuego.

Thomas Bridges aprendió la lengua de los nativos que asistían a su escuela en la Isla Vigía (*Keppel Island*), que también era un refugio para los Onas (Shelknam).

Pero el que logró más renombre fue Esteban Lucas Bridges, hijo de Thomas, autor de un sólo libro que llegó a ser un clásico de la literatura patagónica: *El último confín de la tierra (Uttermost Part of the Earth)*, publicado en Londres en 1948 por Hodder & Stoughton.

El que sigue en esta lista es David Bremer Wilson (1907-1986), nacido en Hampshire, Inglaterra, hijo de un maquinista de la Armada Real. Partió para la Argentina con el personal de la empresa *Cable & Wireless* (alguna vez conocida en Buenos Aires como *Western Telegraph Co. Ltd.*), en 1927, año en que un Chevrolet flamante costaba 378 libras esterlinas y un Cadillac, 1.650 libras esterlinas en los salones de venta de la ciudad. Atado por contrato a una vieja corporación imperial, Wilson soñaba con quedarse en la Argentina. En 1932 terminó su contrato con la empresa de telégrafos y se quedó como empleado en las fincas de la empresa Liebig en Misiones y Corrientes. Pasó el resto de su vida en las estancias de los herederos de Justus Freibert von Leibig (1803-1873), elevado a Barón en 1845, a quien se recuerda por su extracto de carne que la empresa Bovril introdujo en la Argentina. Wilson publicó varias decenas de artículos e historias, muchas de ellas en el *Bulletin* de la ABCC (*Argentine British Community Council*, ente benéfico central de la colectividad británica), en su mayoría sobre la vida silvestre y sus memorias de sus primeros años en la Argentina.

Desde su hogar en Mercedes, Corrientes, Wilson escribió tres años antes de su muerte:

No me gustan los museos, soy un naturalista de campo. Sin embargo, he escrito guías y libros, lo que uno generalmente tiene que hacer para los museos, basados en la observación y en animales muertos... Me gustan los animales vivos... Me gusta estar solo, sigo estudiando los pájaros desde mi reposera en el jardín. Pocas veces hablo en inglés, excepto con los perros y no me gusta mucho la gente. En los tiempos del Barón, es decir en los tiempos

de la empresa Liebig porque el Barón ya hacía mucho estaba muerto, los pájaros estaban protegidos pero ahora se vendieron las tierras y la gente viene con sus chicos y los amigos a matar pájaros, hasta en los jardines... He descubierto que los únicos con quienes todavía quiero conversar son la gente más primitiva o los verdaderamente civilizados. Pero amo el campo, los pájaros y los animales (Wilson, 1982-1983).

Sus relatos dieron vida a pájaros y hombres y a los sonidos de la tierra en sus *Cuentos de la tierra roja (Tales of the Red Earth)*, que publicaba el mencionado *Bulletin*. Hay aquí resabios de William H. Hudson quien, al dejar la Argentina en abril de 1874, dijo que los argentinos eran italianos que mataban pajaritos.

El próximo en esta lista es Bernard *Barney* Dickinson (1913-1981), nacido argentino, quien murió en San Martín de los Andes siete meses antes de la guerra de Malvinas y una semana después de su última práctica de ski en el sur andino. Vivió en las montañas gran parte de su vida, criando ovejas en las serranías y ganándose la vida en las estancias de la Patagonia. Dickinson era famoso en el sur por haber hospedado a viajeros y escaladores de la talla de Eric Shipton (1907-1977) y Christian Bonnington (1934), además del andinista y escritor Frank Smythe (1900-1949), en la hostería Arrayán, y durante 30 años escribió cuentos sobre la Patagonia y los Andes en la revista *Blackwood's* de Edimburgo (cerró en 1980). La revista mensual era la recolectora natural de los escritos de antiguos funcionarios del servicio exterior inglés y de veteranos de la Segunda Guerra Mundial.

A los 28 años, en junio de 1941, Dickinson había partido con su esposa, Frances, con quien se había casado un mes antes, para unirse a la Real Fuerza Aérea (Meunier et al. 2004). Se entrenó como piloto de bombarderos, y durante el vigésimo ataque de su tercer circuito y en la víspera de su licencia en 1943 fue derribado sobre la Selva Negra. Anduvo por los cerros durante once días, logró fugarse a Suiza pero por error volvió a cruzar la frontera y reingresó a Alemania donde fue capturado por una patrulla militar. Al finalizar la guerra Dickinson regresó a la Patagonia, donde escribió durante el resto de su vida, mientras su mujer dirigía la hostería.

Un escocés, Walter Hubbard Owen (1884-1953), nacido en Glasgow, educado en el *Hillhead High School*, llegó a Buenos Aires en 1902. Para quienes lo recuerdan, su obra mayor es la primera traducción al inglés del *Martín Fierro* (1872) de José Hernández, hecho que elevó a Owen al nivel de prócer en los circuitos porteños, y hasta llegó a firmar las servilletas en los restaurantes para gente que se expresaba como admiradores (Owen, 1936). Su biógrafa, la Baronesa Hartingh, lo recuerda más allá de su poesía y sus traducciones por sus creencias en lo místico y lo esotérico, “poeta y místico, hombre de negocios y amante de la paz” (Hartingh, 1966).

Owen publicaba sus poemas en el diario *The Standard* bajo seudónimo. Era una época en que la colectividad británica no consideraba serio el oficio de escribir y menos serio aún escribir poesía. A pesar de esto, su poema *The Cross of Carl* (1917), un himno a la paz, fue bien recibida cuando se publicó por fin en *The Times Literary Supplement* en 1931. Los censores militares de fines de la Primera Guerra Mundial habían objetado la pieza y se archivó por casi 15 años. Si se lo recuerda hoy a Owen es, aparte de la primera versión inglesa del *Martín Fierro*, por la traducción al inglés de otros clásicos: *Fausto* (1866) de Estanislao del Campo; *Don Juan Tenorio* (1844) de José Zorrilla, y *Tabaré* (1888) del poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín.

En su última década de vida Owen encaró la traducción del poema épico *La araucana* (1569-1589) de Alfonso de Ercilla y Zúñiga, culminando en sus últimos meses, y desde una cama en el Hospital Británico, la traducción de los viajes de Juan Ortiz de Zárate al Río de la Plata del siglo XVI, el *Arauco domado* (1596) de Pedro de Oña, y la narración de la expedición de Sir Francis Drake a las Indias Occidentales por Juan de Castellanos.

Nora B. Mackinnon (1922), nacida en Olivos, provincia de Buenos Aires, tiene una colección de obras, en su mayoría breves, que aparecieron en el *Buenos Aires Herald* y en algunas publicaciones británicas (como el diario *The Independent*), y un libro de memorias de la Patagonia, publicado en Londres y Buenos Aires, que escribe con un estilo dulce y nostálgico de una Argentina que ya no existe. Ambientadas en la Patagonia (siempre vivió en Esquel), sus obras están dedicadas a la historia y a la vida en las estancias

del sur argentino, desde los pueblos galeses de Chubut hasta las desventuras de fin de siglo de los forajidos Butch Cassidy y el Sundance Kid, y también algo de la vida actual (Mackinnon, 2003).

El más prolífico y longevo de todos fue William Shand (1903-1997), autor de teatro, poesía y cuentos que acumuló premios y reconocimientos a lo largo de su vida. Sin embargo quizás se lo vaya a recordar por un solo libro, una antología de poesía argentina traducida al inglés que incluye a más de cien escritores (Shand, 1969). Es una colección importante dado el momento de su publicación (1969), que logra pasar por alto las divisiones políticas de las décadas del sesenta y setenta que amenazaron causar serio daño al mundo creativo. Shand tiene otras cinco antologías de poetas ingleses y estadounidenses traducidos al castellano (en colaboración con el poeta Alberto Girri, 1919-1991), una docena de colecciones de sus propios poemas, en inglés y castellano y más de una decena de piezas teatrales. De todo esto hay unos cuantos poemas en castellano que deberían sobrevivirlo, pero el tiempo y la memoria son a veces injustos en este rubro. En el mundo de la música, su libreto de 1990, otra vez con Girri, para la ópera *Beatrix Cenci* de Alberto Ginastera, fue un encargo específico de la *Opera Society* de Washington.

Shand nació en Glasgow, Escocia, y gustaba que se lo mencionara como “escocés”. Pero su lugar de nacimiento había sido un accidente geográfico en apariencia dado que su madre, nacida en Tbilisi, y su padre, un hombre de negocios inglés, eran sólidos burgueses residentes en Clapham Common, al sur de Londres. Shand publicó en Inglaterra por primera vez en el semanario *The Observer*. En 1938 viajó a Buenos Aires con su primera esposa y aquí estableció una agencia de suscripciones de periódicos que dirigió hasta 1975. Su primer libro se publicó en 1942 en Buenos Aires, con presentación de Jorge Luis Borges.

A diferencia de Bridges, Wilson, Dickinson Owen y Mackinnon, Shand escribió la mayor parte de su obra en castellano y fue un autor particularmente “urbano” y nada ligado al “campo”.

Cuando Gordon (Oswald Reginald) Meyer murió de cáncer en el Hospital St. George, al sur de Londres, el 8 de julio de 1968, y si bien precedió en la

muerte a otros mencionados aquí, fue algo así como el fin de la era de los viajeros escritores ingleses. Se cerraba un estilo, una forma de ver al país, algo que puede resumirse en el género de “*Southamericana*”. Meyer cultivó el estilo, fue un observador versátil y bien documentado sobre el país que adoptó en forma temporaria como su lugar en el mundo. Compartió con Lawrence Durrell (que vivió en Buenos Aires y en Córdoba en 1948) el amor por Grecia y el Mediterráneo, pero a diferencia del autor de la trilogía de Alejandría, Meyer buscaba nuevos territorios. Sin embargo, Meyer nunca llegó a comprender ni conocer bien a la Argentina, aunque siempre quiso establecer un vínculo fuerte con el país, como estado de ánimo más que como destino.

Meyer nació en Londres en 1919, hijo de un próspero comerciante textil. Se educó en una escuela en Surrey y luego estudió inglés y árabe en Oxford, de donde se fue sin graduarse en junio de 1940. Ingresó a la Marina Real en agosto, como marinero de cubierta. En abril de 1942 fue ascendido a subteniente y luego, como teniente, tuvo el comando de un torpedero. Meyer se casó por primera vez en 1944. Sus dos hijos nacieron de ese matrimonio, que terminó en 1951. Un encuentro en Londres con la argentina Inés Osella, que sería luego su segunda esposa, lo trajo a Buenos Aires en 1954 (Graham-Yooll, 2010). El negocio textil de la familia en Inglaterra cerró en 1956 y Meyer decidió que Buenos Aires sería su hogar.

Fue *Barney* Dickinson quien accidentalmente lo llevó a escribir. Meyer y Osella habían viajado al sur buscando aire limpio y seco en San Martín de los Andes, donde Dickinson tenía el Hotel Arrayán, y Meyer se recuperaba de tuberculosis. Dickinson exhibió sus cuentos y escritos en *Blackwoods*, y Meyer decidió emularlo. En 1958 publicó su primer cuento (Wilson, 1991). El gran admirador y editor de Meyer sería el poeta inglés Alan Ross (1922-2001), que publicó la mayoría de sus cuentos y una antología. Uno de sus amigos en Buenos Aires, el crítico y educador Patrick Dudgeon, director de una escuela de idiomas donde Meyer dio clase, escribió que:

Las novelas de Gordon son notables por el tema y la ambientación. Bariloche en *Dolls (Muñecas)*, la Capital Federal y su vida de ocio en *Quits* y la vida de campo en *Death in the Campo...* Uno se transporta desde una belleza

idifica al más crudo realismo o naturismo. Yo recuerdo el desagrado del embajador Sir Eugen Millington-Drake ante la descripción de un cierto tipo de burdel porteño (Dudgeon, 1985).

La producción literaria de Meyer no es muy grande, pero es de calidad: publicó una novela, tres novelas cortas en un volumen, dos libros de viajes por Paraguay y Bolivia, dos colecciones de cuentos y un gran número de piezas sueltas.

En 1962 Meyer se separó de Inés Osella, se casó con la uruguaya Mara Rincón, y se fueron a vivir en Faro José Ignacio, desde donde le escribió a Alan Ross: “Estamos en una cabaña de pescadores, de tres habitaciones, no lejos de la frontera brasileña, en una pequeña península con un faro y algunas viviendas. Desnudos. Unas vistas tremendas, pero Uruguay es un país no dramático que simplemente revela todo... la gente es bastante agradable, especialmente después de los argentinos de Buenos Aires... Trabajo por la mañana y a veces por la noche.”

El fin no estaba lejos: se separó de Mara Rincón en octubre de 1967, en París. Ella quiso regresar a Uruguay, Meyer quería instalarse en Florencia. Menos de un año después había muerto. Su partida de defunción registra como último domicilio, *Hendaye*, Punta del Este. Quizás el problema de Meyer fue uno de ubicación, de pertenencia insatisfecha (¿dónde? y no ¿con quién?). Otra vez el gran problema del creador anglo-argentino. El obituario en *The Times* escrito por Alan Ross, decía, “No conozco ningún escritor de su edad para quien el futuro parecía tan rico en promesas o que sugiriera tan profundamente, y ya de modo frustrante, que lo que había publicado era sólo el comienzo.”

El género de “*Southamericana*”, casi contemporáneo, es modesto pero a la vez más rico de lo que aparenta a primera vista, quizás porque todo lo que atañe a las colectividades de las grandes naciones europeas no siempre ha dejado herencias visibles. En este sector pueden incluirse autores internacionales como Bruce Chatwin (*In Patagonia*), Paul Theroux (*Old Patagonian Express*) o Santa Montefiore (*Meet Me Under the Ombú Tree*), esta última inglesa hija de madre anglo-argentina.

Hay otros autores locales que debemos recordar en esta galería del mestizaje cultural, entre ellos Thomas Hudson, biógrafo del almirante Guillermo Brown y el general Miller; Dereck Foster, más propenso a la escritura gastronómica pero también con estudios históricos en inglés y castellano, y la canadiense (nacida en la India) Susan Wilkinson, novelista e historiadora cuyo bisabuelo llegó al país con los galeses de Chubut (Wilkinson, 2007). Y hay más. Rescatemos aquí, para terminar, dos figuras de enorme talento, el guionista y novelista norteamericano Warren (David) Kieffer (1929-1995) y el poeta Patrick Morgan (1934-2003), quien también regenteó la redacción del *Buenos Aires Herald*. La calidad de la poesía de Morgan fue reconocida por figuras como el poeta inglés Stephen Spender y otros que ayudaron para que su obra se difundiera en los Estados Unidos.

Para todos estos creadores, innovadores, pioneros y artistas, este homenaje: el recuerdo que asegure la permanencia de su contribución a la integración bicentenaria de las culturas en el suelo argentino.

NOTAS

- 1 El motín del *Lady Shore* fue la única rebelión de abordo que tuvo éxito en todo el largo período del sistema del transporte penal a Australia, entre 1788 y 1868 (Hughes, 1986: 153-4).

REFERENCIAS

- Berk, J. Federico (1988): *Un siglo y medio después: la escuela escocesa San Andrés (1838-1988)*, Establecimiento Gráfico Gaglianone, Buenos Aires.
- Blondel, J.J.M. 1968 (1825): *Almanaque político y de comercio de la Ciudad de Buenos Ayres para el año 1826*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.
- Del Carril, Bonifacio y Aguirre Saravia, Anibal G. (1982): *Iconografía de Buenos Aires. La ciudad de Garay hasta 1852*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Drabble, Derek (1934): *Passenger Ticket*, Nicholson & Watson, London.
- Drysdale, J. Monteith (1938): *One Hundred Years Old, 1838-1938. A Record of the First Century of St. Andrew's Scots School*, Buenos Aires: The English Printery.

- Dudgeon, Patrick, (1985): "Correspondencia a Andrew Graham-Yooll", 30 de marzo.
- Friedmann, Germán C. (2010): *La política argentina en alemán. Germano-parlantes antinazis y peronismo*, UNSAM, Buenos Aires (en Internet).
- Graham-Yooll, Andrew (2000): *La colonia olvidada: tres siglos de presencia británica en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires (editado originalmente en 1981 como *The Forgotten Colony. A History of the English-speaking Communities in Argentina*, Hutchinson, London, y reeditado en 1999)
- Graham-Yooll (2010): "The Distant River and the faraway author: Gordon Meyer in Buenos Aires", *Buenos Aires Herald*, February 21st.
- Hartingh, Charlotte de (1966): *Servitor on an Outer Plane. The Biography of Walter Owen*, Instituto Cultural Walter Owen, Buenos Aires.
- Hughes, Robert (1986): *The Fatal Shore. The Epic of Australia's Founding*, Vintage, New York.
- Mackinnon, Nora (2003): *An Estancia in Patagonia. Literature of Latin America*, Buenos Aires.
- Marshall, Oliver (1996): *The English-Language Press in Latin America*, Institute of Latin American Studies, University of London.
- Meunier, Claudio; García, Carlos A. y Rimondi, Oscar (2004): *Alas de trueno/Wings of Thunder. Las historias de los tripulantes voluntarios argentinos en la RAF y en la RCAF durante la Segunda Guerra Mundial*, Estudio Gráfico Minerva, San Luis.
- Monacci, Gustavo A. (1979): *La colectividad británica en Bahía Blanca*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- Morgan, Patrick (1996): *Selected Poems (1960-1990)*, Redbeck, Bradford.
- Mulhall, M.G. & E.T. (1885): *Handbook of the River Plate*, Standard Office, Buenos Aires / Ballantyne Press, Edimburgo.
- Murray, Thomas (1919): *The Story of the Irish in Argentina*, P. J. Kennedy & Sons, Nueva York.
- Newton, Ronald C. (1977): *German Buenos Aires (1900-1933)*, University of Texas Press.
- Newton, Ronald C. (1992): *The 'Nazi Menace' in Argentina (1931-1947)*, Stanford University Press.
- Oteiza, Viviane Inés (1999): "La prensa francesa publicada en la Argentina", Buenos Aires, *Revista Todo es Historia*, N° 388, Noviembre (Núm. dedicado a la inmigración francesa).
- Oteiza, Viviane Inés (2001): "Le Courier de la Plata, Diario de la colectividad francesa rioplatense", Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Directora de Tesis: Ema Cibotti. Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES)/ Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

- Ottino, Mónica (2003): *Asociación Argentina de Cultura Inglesa. Su gente, su historia*. AACI, Buenos Aires.
- Ottino, Mónica (2008): *BAC, British Arts Centre, diez años después (1997-2007)*. Asociación Argentina de Cultura Inglesa, Buenos Aires.
- Owen, Walter (1936): *The Gaucho Martín Fierro, Adapted from the Spanish and rendered into English Verse, with drawings by Alberto Güiraldes*, Farrar & Rinehart, New York.
- Raffo, Víctor (2004): “El origen británico del deporte argentino: atletismo, cricket, fútbol, polo, remo y rugby, durante las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda”, Buenos Aires.
- Raffo, Víctor (2009): *The Book: A history of Barker College 110th Anniversary*, 2 vol., Old Barkonian Association, Barker Heritage Project, Buenos Aires
- Shand, William (1969): *Contemporary Argentine Poetry: An Anthology*, Fundación Argentina para la Poesía, Buenos Aires.
- Stevenson, J.T. (1936): *The History of St. George's College, Quilmes Argentina (1898-1935)*.
- Bulfin, William (Che Buono) (1900): *Tales of the Pampas*, Fisher Unwin, Londres (edición bilingüe con traducción al castellano de Alejandro P. Clanc, Literature of Latin America (LOLA), Buenos Aires).
- Wilkinson, Susan (2007): *Mimosa. The Life and Times of the Ship that Sailed to Patagonia*, Talybont, Ceredigion, Gales.
- Wilson, Jason (1991): “The Weather and the Women. The South American writings of Gordon Meyer”, *London Magazine*, June-July.
- Wilson, David (1982-1983), “Correspondencia con Andrew Graham-Yooll”, Mercedes, Corrientes.